

ISSN 2215-8065

El

Dra. Annie Besant
Karma



LIBRERIA UNIVERSO

Calle 21 No. 4-28/32
Tel. 341 09 26 • Fax: 336 07 26
Bogotá D.C. - Colombia

VISITENOS

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

EL KARMA

Dra. Annie Besant

*(De la obra "La Sabiduría Antigua"
por la Doctora Annie Besant).*

*El Karma o Ley de Secuencia,
causas con sus inevitables efectos,
es la Ley Natural y eterna,
es la que define lo que somos
y podemos llegar a ser,
según nuestra manera de
actuar y comprender.*

RAGHOZINI

Título Original:

El Karma

Autor:

Dra. Annie Besant

ISSN 2215-8065

Publicación del Fondo Editorial "Rosa-Cruz de Oro"
de la Fraternidad Rosa-Cruz de Colombia
Calle 21 No. 4-28/32 • Tel. 341 09 26 • Fax: 336 07 26
Bogotá D.C. - Colombia
E-mail: malibra@yahoo.com
www.fraternidadrosacruzdecolombia.com.co

Derechos Reservados

Bogotá D.C. - Colombia, Octubre de 2012

Impresión:

1A Impresos Gráficos

Tel. 482 62 57 / 315 843 7756

Bogotá D.C.

1aimpresosgraficos@gmail.com

www.1aimpresosgraficos.com

EL KARMA

Dra. Annie Besant



Siguiendo la evolución del alma humana a través de vidas sucesivas, podemos estudiar la gran Ley de Causalidad, que es la que preside los renacimientos y que se llama Karma. Karma es un término sánscrito, que significa literalmente "acción". Supuesto que toda acción es efecto de causas anteriores y que cada efecto viene a ser a su vez la causa de otros, esta noción de causa y efecto, es elemento esencial en la idea de acción. Por esto el término de acción o karma, se usa en el sentido de "causalidad" y designa la serie ininterrumpida, el encadenamiento de causas y efectos de que se compone toda actividad humana. De ahí la frase que se emplea a veces al hablar de un acontecimiento: "es mi karma"; es decir, "este hecho es efecto de una causa puesta en juego por mi en el pasado". Ninguna existencia está aislada; cada vida es el fruto de cuantas la han precedido y el germen de todas las que siguen en el agregado total de vidas de que se compone la existencia continua de la individualidad humana. No hay "suerte" ni hay "accidente". Cada suceso está ligado a las causas antecedentes y a los efectos consiguientes; pensamientos, acciones y circunstancias proceden del pasado e influyen en el porvenir. Como nuestra ignorancia nos vela igualmente lo pasado y lo futuro, nos parece que los sucesos

surgen de repente del hado, que son accidentales; pero esta apariencia es ilusoria y proviene exclusivamente de nuestro escaso saber. De la misma manera que el salvaje, ignorante de las leyes físicas del universo, considera los sucesos como carentes de causa y como milagros de las operaciones de las leyes físicas, un gran número de hombres, desconocedores de las leyes mentales y morales, consideran los acontecimientos mentales y morales como sin causa y lo miran cual resultado de leyes desconocidas, o como buena o mala "suerte".

Cuando surge por primera vez en el horizonte del pensamiento humano la idea de una ley intransgredible e inmutable, hasta entonces vagamente, aparece en tal instante un sentimiento de impotencia, como de parálisis mental y moral. El hombre se siente sujeto por la férrea mano de un destino inflexible. Lo mismo puede sentir el salvaje cuando su admirada inteligencia concibe por primera vez la idea de una ley física, al ver que cada movimiento de su cuerpo y cada movimiento de la naturaleza exterior se efectúan por medio de leyes inmutables. Poco a poco llega a saber que esas leyes fijan las condiciones indispensables de toda acción, sin prescribir por ello la acción misma; de suerte que el hombre permanece siempre libre, aunque limitado en sus actividades externas por las condiciones del plano en que obra. Aprende además que estas condiciones le subyugan y frustran sus más vigorosos esfuerzos, cuando las ignora o cuando conociéndolas se opone a ellas; pero que las hace sus esclavas y auxiliares cuando las comprende, conoce su dirección y calcula sus fuerzas.

En verdad, la ciencia es únicamente posible en el plano físico, por que las leyes de este, son inviolables e inmutables. Sin leyes naturales no podría haber ciencia alguna. Un investigador realiza cierto número de experimentos para

conocer cómo opera la naturaleza; y una vez adquirido este conocimiento, puede adoptar las disposiciones necesarias para llegar a determinados resultados. Si fracasa, sabe que ha olvidado seguramente una condición imprescindible o que su conocimiento de las leyes, no es completo todavía o que se ha equivocado en los cálculos. Vuelve al estudio, rectifica el método y repasa serenamente las operaciones, convencido de que a todo problema bien planteado debe responder la naturaleza con exactitud matemática. El hidrógeno y el oxígeno no le darán agua hoy y ácido prúsico mañana; el fuego que le quema no le helará al día siguiente. Si el agua puede ser hoy líquida y sólida mañana, es por que han cambiado las condiciones circunstanciales, y el regreso a las condiciones primitivas restablecerá el resultado originario.

Cada nueva información respecto de las leyes de la naturaleza engendra un nuevo poder, porque todas las energías de la naturaleza se convierten en fuerzas utilizables en manos del hombre, a medida que las comprende. Aquí tiene aplicación el proverbio: Saber, es Poder"; pues el uso que puede hacerse de las fuerzas depende del conocimiento que de ellas se tenga. Escogiendo aquellas de que quiere servirse. Equilibrándolas entre si y naturalizando los energías que se oponen a sus designios, el sabio puede determinar de antemano el resultado y provocar la realización de sus cálculos. Comprendiendo y manipulando causas, puede producir efectos; y así la rigidez de la naturaleza, que al principio parece paralizar la acción humana, puede emplearse por el hombre para producir infinita variedad de resultados. La perfecta rigidez de cada fuerza considerada aisladamente determina la perfecta flexibilidad de sus combinaciones; pues habiendo fuerzas de toda especie que se mueven en todas direcciones y están todas sujetas a cálculo, se puede operar una selección combinando las fuerzas

elegidas de manera que produzcan el resultado apetecido, cualquiera que sea; y una vez determinado, puede infaliblemente conseguirse por la ponderación metódica de las fuerzas en la combinación que de las mismas se escoge como causa. Hay que recordar, que para producir así los sucesos y obtener el resultado apetecido, es preciso el conocimiento, pues el ignorante camina de tropiezo en tropiezo, al actuar contra las leyes inmutables viendo fracasar todos sus esfuerzos, mientras que el sabio sigue un orden metódico y prevé, provoca o impide cuanto se relaciona con el anhelado objeto que al fin logra no por azar, sino por que conoce las leyes. El uno es juguete y esclavo de la naturaleza; el otro es el dueño que utiliza las energías cósmicas, dirigiéndolas en el sentido que su voluntad escoge.

Lo que es verdad en los dominios físicos de la ley, también lo es en los mundos moral y mental que igualmente son dominios de la ley. También en ellos el ignorante es esclavo y el sabio dueño. También la inviolabilidad y la inmutabilidad consideradas primeramente como paralizadoras de todo esfuerzo, se reconocen luego como condiciones indispensables de seguro progreso y de previsora dirección del porvenir. El hombre puede llegar a ser dueño de su destino, tan solo porque este destino yace en los dominios de la ley, en donde el conocimiento puede edificar una ciencia del alma y poner en manos del hombre la facultad de gobernar su porvenir y escoger igualmente su carácter y circunstancias futuras. El conocimiento del Karma que parecía paralizar todo esfuerzo, se convierte en fuerza inspirante, en sostén y elevadora fuerza.

El Karma es, por lo tanto, la Ley de La Causalidad, la Ley de Causa y Efecto. Formalmente la enunció el iniciado cristiano San Pablo: "no os engañéis. Nadie se burla de Dios; porque lo

que quiera que el hombre siembre, aquello también recogerá".

El hombre convive constantemente con las fuerzas de los planos donde funciona. Estas fuerzas que cualitativa y cuantitativamente son efectos de sus actividades pasadas; resultan al mismo tiempo causas de él, emanadas de cada uno de los mundos que habita. Producen determinados efectos tanto en él mismo como en los demás; y a medida que esas causas, emanadas de él como de un foco, irradian por todo el campo de su acción es responsable de los efectos que engendran, así como el imán tiene su campo magnético, el ambiente en que todas sus fuerzas mayores o menores, actúan según sus potencia, cada hombre posee también sus campo de acción en donde obran las fuerzas que emite. Estas fuerzas se transmiten en líneas curvas que regresan al punto de partida, al foco del cual emanaron.

Como el asunto es muy complicado, subdividiremos y estudiaremos las subdivisiones una por una. En su vida ordinaria, el hombre emite tres clases de energías, que pertenecen a los tres mundos que habita. En el plano mental, las energías mentales originan las causas que llamamos pensamientos; en el plano astral, las energías astrales produce lo que llamamos deseos, y, en fin, en el plano físico las energías físicas suscitadas por las dos anteriores, se designan con el nombre de acciones. Convendrá estudiar sucesivamente en sus operaciones estas tres clases de energías, para comprender la tres clases de efectos que respectivamente producen, si queremos hacernos cargo del papel que cada una de estas categorías de fuerzas desempeñan en las complejas combinaciones que ponemos en juego, cuyo conjunto podemos llamar "nuestro Karma". Cuando un hombre, adelantándose a sus semejantes, logra la facultad de funcionar en los planos más elevados, llega a ser un centro de

elevadas fuerzas; pero por ahora podemos prescindir de estos conceptos de orden espiritual y limitarnos a la humanidad corriente, que efectúa su ciclo de reencarnación en los tres mundos.

Al estudiar las tres clases de energías que hemos enumerado, debemos distinguir entre su efecto en el hombre que las emite y los que se encuentran en su esfera de acción; porque cualquier error en este punto podría sumir al estudiante en insuperables dificultades.

Hemos de recordar, por lo tanto, que cada fuerza obra en su propio plano y reacciona sobre el plano inferior proporcionalmente a su intensidad. El plano en el que se engendra le da su especial característica y al reaccionar en los planos inferiores determina vibraciones de la materia sutil o grosera de dichos planos de conformidad con su originaria naturaleza.

El motivo generador de la actividad determina el plano a que pertenece la fuerza.

Es necesario ahora distinguir entre: (1) el Karma, pronto a manifestarse en la vida presente bajo la forma de sucesos inevitables; (2) el Karma de carácter, que se manifiesta por las tendencias provenientes de la experiencia acumulada y susceptibles de modificarse en la vida presente por la misma potencia (el Ego) que las creó en el pasado; y (3) el Karma en vías de formación, destinado a influir sobre el carácter y los sucesos futuros.

Además hemos de tener en cuenta que al formar su Karma individual, el hombre se relaciona con los demás seres, pues entra en la composición de grupos diversos como la raza,

nación y familia, participando del Karma colectivo de cada uno de estos grupos.

Se comprende desde luego que el estudio del Karma es sumamente complejo. A pesar de ello los principios fundamentales de su operación, antes expuestos, bastan para dar una idea coherente de su alcance general, pudiendo estudiarse los pormenores según se nos ofrezcan ocasiones para ello. Lo esencial es no olvidar que el hombre engendra su propio Karma, que crea paralelamente sus facultades y sus limitaciones, y que, trabajando siempre mediante las facultades que ha creado y bajo el peso de las limitaciones que se ha impuesto, permanece siempre él mismo, la viviente alma capaz de acrecentar sus facultades o aminorarlas, de ampliar o de reducir sus limitaciones.

Él mismo ha forjado las cadenas que le sujetan, y puede limarlas hasta romperlas o remacharlas más fuertemente. Él mismo también ha construido la casa que habita, y puede a su antojo embellecerla, derruirla o reedificarla. Sin cesar trabajamos en la plástica arcilla que podemos modelar a nuestro gusto; pero la arcilla se endurece y llega a ser como el hierro, conservando la forma que le hemos dado. Un proverbio dice:

“Mirad: la arcilla se ha endurecido como hierro; pero el alfarero moldea la arcilla”.

Así todos somos dueños de nuestro provenir, cuales quiera que sean los obstáculos que tengamos en el presente, como consecuencias del pasado.

Vamos ahora a seguir, en el orden indicado, las divisiones establecidas anteriormente para facilitar el estudio de la filosofía del Karma.

Tres clases de causas ejercen sus efectos sobre su creador y en todo lo que este influye. La primera de estas causas está constituida por nuestros pensamientos. El pensamiento es el factor más poderoso en la creación del Karma humano, porque manifiesta la operación de las energías del yo en la materia mental, materia cuyas modalidades más sutiles forman el vehiculo mismo de la individualidad y cuyas especies más densas responden todavía con prontitud a las menores vibraciones de la conciencia. Las vibraciones que designamos con el nombre de pensamiento, consecuencia directa de la actividad del Pensador, originan formas de substancia mental o imágenes mentales que, según hemos visto, modelan el cuerpo mental del Pensador. Cada pensamiento modifica este cuerpo, y las facultades mentales innatas de cada vida son los resultados del funcionamiento del pensamiento en las vidas anteriores. No hay poder razonador, ni facultad mental que no haya sido creado por el hombre mismo, con el auxilio de pensamientos persistentemente repetidos. Además, ni una sola de las imágenes mentales así creadas se pierde, todas ellas contribuyen a la formación de las facultades, y la suma de un grupo cualquiera de imágenes mentales sirve para construir una facultad correspondiente, que se acrecienta por cada pensamiento adicional, es decir, cada vez que se crea una imagen mental del mismo orden. Conociendo esta ley, el hombre puede gradualmente construirse el carácter mental que desee poseer, pudiéndolo efectuar con precisión semejante a la del albañil que levanta una pared. La muerte no interrumpe su obra; al contrario librándola de las trabas del cuerpo, facilita el proceso de asimilación de las imágenes mentales en el órgano definido que denominamos facultad. El hombre trae consigo esta facultad cuando vuelva al plano físico, presto a renacer; y una parte del cerebro de su nuevo cuerpo se adapta para servir de órgano a esa facultad del modo que veremos mas adelante. El

conjunto de esas facultades constituye el cuerpo mental con el que comienza su nueva vida sobre la tierra; y su cerebro y su sistema nervioso se conforman de manera que suministran al cuerpo mental los necesarios medios de expresión en el plano físico. Así, las imágenes mentales creadas en una vida aparecen como características y tendencias mentales en la siguiente. Por eso dice uno de los Upanishads: **“El hombre es un ser de reflexión; lo que refleja en esta vida llega a ser en la siguiente”.** Tal es la ley que pone en nuestras manos la construcción de nuestro carácter mental. Si construimos bien, la ventaja y el honor serán nuestro premio; y si lo hacemos mal, nos acarreamos pérdida y disgusto. El carácter mental es, pues, un sorprendente ejemplo del Karma individual en su acción sobre el individuo que lo crea.

Además, este mismo individuo que estudiamos, influye sobre los otros con su pensamiento, pues las imágenes mentales que construye su propio cuerpo mental, originan en el espacio vibraciones del mismo orden y se reproducen en forma secundaria. Los pensamientos se encuentran por lo general, mezclados con algún deseo y sus formas contienen además cierta porción de materia astral, por lo que designo aquí a esas formas pensamientos secundarios con el nombre de imágenes astromentales. Semejantes formas destacan del ser que las crea para vivir independientemente, en cierto modo, permaneciendo, sin embargo, en relación con él por un lazo magnético. Se ponen así en contacto con los demás individuos a que afectan y establecen lazos karmicos entre ellos y él, influyendo además en cierta medida sobre el ambiente futuro del individuo considerado.

Átanse así los lazos que, en vidas ulteriores, han de agrupar a ciertas personas para el bien o para el mal, los lazos que nos rodean de parientes, amigos, enemigos, poniendo en nuestro

camino a los que están destinados a ayudarnos o a combatirnos, a los que han de favorecernos, a los que han de perjudicarnos. He ahí por que unos nos aman sin que hayamos hecho en esta vida nada para ello, mientras que otros nos odian aunque tampoco hayamos hecho nada ahora para merecer su odio. El estudio de estos resultados nos permite formular un principio fundamental: al mismo tiempo que nuestros pensamientos obran sobre nosotros, creando nuestro carácter mental y moral, determinan, por su acción sobre el prójimo nuestros futuros asociados humanos.

La segunda clase de energías se compone de nuestros deseos, de nuestro apetito respecto de los objetos que nos atraen desde el mundo exterior. Como quiera que en los deseos del hombre siempre hay un elemento mental, podemos extender el término "imágenes mentales" para incluir en él las que se manifiestan en gran parte de la materia astral. Los deseos, al obrar sobre el que los crea, construyen y moldean su cuerpo de deseo o cuerpo astral, y labran su destino en el Kamaloka tras la muerte, determinando, en fin la naturaleza del cuerpo astral en su próxima encarnación. **Cuando los deseos son bestiales, intemperantes, crueles o asquerosos son causa fecunda de enfermedades congénitas, de cerebros débiles y enfermos que engendran la epilepsia, la catalepsia, y desordenes nerviosos de toda suerte. De ahí proceden también las deformidades y deformaciones físicas y en los casos extremos las monstruosidades.** Los apetitos bestiales de naturaleza anormal, pueden establecer en el mundo astral lazos que retengan por algún tiempo al Ego, en un cuerpo astral formado por tales apetitos en sujeción al cuerpo astral de los animales en quienes sean peculiares dichos apetitos, retardando así su reencarnación. Cuando el individuo no sufre esta pena, su cuerpo astral en forma de bestia, imprime a

veces la huella de sus características en el cuerpo físico del niño en formación durante el periodo prenatal. Tal es el origen de los monstruos semihumanos que aparecen de vez en cuando.

Siendo los deseos fuerzas de exteriorización que se apegan a los objetos externos impelen siempre al hombre hacia el medio en que pueda satisfacerlos. El deseo de las cosas terrestres sujeta al alma al mundo exterior y la arrastra hacia el lugar donde los objetos deseados puedan obtenerse más fácilmente. Por eso se dice que el hombre nace según sus deseos. Los deseos son, pues, una de las causas determinantes del lugar de la reencarnación.

Las imágenes astromentales producidas por los deseos, ejercen sobre nuestros semejantes acción análoga, a las de las imágenes de igual naturaleza producidas por los pensamientos. Los deseos, por consecuencia, nos ligan también a los demás hombres. Nos ligan comúnmente por los poderosos lazos del amor y del odio, pues en el grado actual de la evolución, los deseos de un hombre vulgar son por lo general más fuertes y sostenidos que sus pensamientos. Desempeñan, pues, un gran papel en la determinación del ambiente social de las vidas futuras y pueden ponerle en contacto con algunas personas y someterle a ciertas influencias sin que pueda sospechar las relaciones que hay entre ellas y él. Su pongamos un hombre que, emitiendo un pensamiento de odio terrible y vengativo, haya contribuido a provocar en otro el impulso del crimen. El creador de semejante pensamiento está unido por su Karma al autor del crimen, aunque jamás se hayan encontrado ambos sobre el plano físico y el daño que aquél hizo ayudando a este hombre a cometer el crimen, revertirá sobre él bajo la forma de un perjuicio causado por el criminal. Con frecuencia una

desgracia imprevista, inesperada y en apariencia totalmente inmerecida, es efecto de causa semejante; y mientras la conciencia inferior se revuelve bajo un sentimiento de injusticia, el alma aprende una lección que no olvidará jamás. **Nada inmerecido hiere al hombre, pero su falta de memoria no cohonesto la transgresión de la ley.** Vemos, pues, que nuestros deseos, en su acción sobre nosotros mismos, forman nuestra naturaleza astral e influyen en gran manera, a través de ella, sobre el cuerpo físico de nuestra próxima encarnación; que desempeñan un importante papel en la determinación de nuestro lugar de nacimiento; y finalmente, que por su acción sobre los demás ayudan a atraernos, en cualquier vida futura a los seres humanos, a que nos asociemos.

La tercera clase de energías se manifiesta en el plano físico bajo forma de Acciones y engendra Karma por su efecto sobre los demás, pero no afecta sino muy poco al hombre interior. Las acciones son efectos de los pensamientos y deseos del pasado, y el Karma que representan está en su mayor parte agotado por el mismo hecho que efectúan. Pueden, sin embargo, afectar al hombre indirectamente en cuanto suscitan en él nuevos pensamientos, deseos y emociones; pero en los deseos y no en las acciones mismas reside la fuerza generadora. Es igualmente cierto que las acciones frecuentemente repetidas producen en el cuerpo físico un hábito que tiene por efecto limitar la expresión del Ego en el mundo exterior; pero este hábito no sobrevive al cuerpo, y el Karma de la acción, en lo que respecta a su efecto sobre el alma se contrae a una sola encarnación.

Otra cosa sucede cuando estudiamos el efecto de nuestras acciones sobre los demás, la dicha o la desgracia que causan, y la influencia que ejercen como ejemplos.

Nos ligan así a nuestros semejantes, gracias a esa influencia, y constituyen, por lo tanto, un tercer factor en la futura determinación de lo que ha de rodearnos. Son también el factor esencial en la determinación de lo que podría llamarse nuestro medio ambiente no humano. Generalmente hablando, el ambiente material, favorable o desfavorable en que venimos al mundo, depende del efecto ejercido por nuestras acciones pasadas al derramar la felicidad o la miseria entre los demás. Los efectos físicos producidos sobre el prójimo por nuestros actos físicos, se neutralizan en la operación del Karma, al rodearnos de condiciones buenas o malas para una existencia futura. Si hemos procurado a los hombres la dicha material a costa de nuestras riquezas, de nuestro tiempo o de nuestros esfuerzos, esa acción revierte sobre nosotros en forma de circunstancias felices que tienden a nuestra dicha material; y si hemos sido causantes de la miseria física para nuestro prójimo, recogeremos entonces el Karma de circunstancias físicas deplorables que llevan al sufrimiento físico. En ambos casos, las consecuencias del acto físico son independientes del motivo del acto, lo que nos lleva a considerar la segunda gran ley:

Cada fuerza opera en su propio plano. Si un hombre siembra la dicha para los demás en el plano físico, cosechará condiciones que propendan a su propia felicidad en el mismo plano; y el motivo que presidió a la acción no intervendrá para nada en el resultado. Un hombre puede sembrar trigo con intento de arruinar a su vecino, pero la perversión de su propósito no hará que en vez de trigo nazca cizaña. El motivo es una fuerza mental o astral, según proceda de la voluntad o del deseo, y reacciona en consecuencia sobre el carácter mental y moral o sobre la naturaleza astral. La producción de la dicha física por la acción, es una fuerza física que actúa en el plano físico. "Por sus acciones afecta el hombre a sus

semejantes en el plano físico; extiende entorno suyo la dicha o la desgracia, acrecentado o desminuyendo el bienestar humano que puede proceder de motivos muy diversos, buenos malos, o mixtos. Un hombre puede ejecutar una acción que difunda el bien, por simple benevolencia o por ardiente deseo de favorecer a sus semejantes. Supongamos que por tal motivo ceda un parque a una ciudad para esparcimiento de los habitantes. Otro puede hacer parecida acción por vanidad, para obtener, por ejemplo, un título nobiliario. Otro en fin, lo hará por un motivo mixto, desinteresado en parte y en parte egoísta. Los motivos afectarán respectivamente a los caracteres de esos tres hombres en sus encarnaciones futuras, en bien, en mal o de una manera mixta. Pero el efecto que la acción produce al proporcionar solaz a gran número de seres, no depende del motivo del donante. Cualquiera que sea la causa del don, el efecto es el mismo y la gente goza por igual equitativamente y el gozo debido a la acción del donante da a éste un crédito Kármico, cuya deuda se le pagará escrupulosamente. Nacerá en un medio confortable y hasta lujoso, según la alegría difundida por él y su sacrificio de bienes físicos le dará la recompensa debida y el futuro Kármico de su acción. Está en su derecho; pero el uso que haga de su posición, la dicha que encuentre en sus riquezas dependerá esencialmente de su carácter; aquí también alcanza la recompensa debida porque cada semilla fructifica según su especie". Verdaderamente los caminos del Karma son iguales. No rehusa al malvado la justa reversión de una acción benéfica; pero le da también el carácter que mereció por su intención aviesa, de suerte que en medio de sus riquezas es pobre y queda descontento y taciturno. El hombre bueno no escapará al sufrimiento físico si extiende la miseria física por acciones erróneas debidas a un buen motivo. La miseria que ocasione, le proporcionará miseria en su futuro ambiente físico; pero la intención pura

ennoblecerá su carácter, haciendo manar de él una fuente de eterna dicha, de suerte que estará tranquilo y satisfecho en el seno de su turbación. Muchos enigmas podrían resolverse por la aplicación de esos principios a los hechos que observamos entorno nuestro.

La diferencia entre el efecto del motivo y el de la acción material, se debe a que cada fuerza posee las condiciones del plano en que se ha engendrado. Cuanto más elevado y poderoso sea éste, más poderosa será la fuerza. El motivo es, pues mucho más importante que la acción, y una mala acción hecha con buen propósito allega al agente mucho más bien que una buena acción determinada por malas intenciones. Al reaccionar el motivo sobre el carácter crea a la larga una serie de efectos, porque las acciones futuras, determinadas por dicho carácter, quedarán influidas por el mejoramiento o perversidad del mismo carácter. La acción, por el contrario, al llegar a su autor la dicha o la desgracia física según su efecto sobre el prójimo, no entraña ninguna fuerza generadora, y se agota por su mismo esfuerzo. Cuando un conflicto de deberes aparentes dificulta reconocer el sendero de la justicia, el hombre que conoce el Karma esfuérase en escoger el mejor camino, sacando el mejor partido posible de su corazón y su juicio. Es absolutamente escrupuloso en cuanto al motivo, preescindiendo de toda consideración egoísta purifica su corazón, obra sin temor, y si yerra acepta voluntariamente el sufrimiento que resulta de ello, como una lección que dará su fruto algún día. Su elevada intención ennoblece su carácter en lo futuro.

Este principio general de que la fuerza pertenece al plano en que se engendra, tiene un alcance inmenso. Si la fuerza emitida está determinada por el anhelo de objetos materiales,

obra en el plano físico y atrae al actor a este plano. Si aspira a objetos celestes, actúa en el plano devachánico y lleva al actor a este plano; y si la fuerza no tiene otro móvil que el divino servicio, se engendra en el plano espiritual y en nada puede sujetar al individuo puesto que nada ansía.

Colofón

El efecto es la causa en otra espiral, y es la causa de nuevos efectos por siempre y ahora. Lo que somos ahora es el resultado del ayer, y mañana seremos el resultado del ahora, y lo que viene después; hijos somos de nuestros actos y por tal, creadores de nuestro destino, así que en nuestras manos está el porvenir, bueno, malo o indiferente, según nuestra manera de actuar, pensar, sentir y vivir.

RAGHOZINI

EL CAMINO DE LA EVOLUCIÓN CONSCIENTE

A fines del siglo 19 la señora H.P. Blavastky trajo del extremo oriente, de la zona tibetana, la sabiduría que los grandes Rishis habían dejado para la humanidad peregrinante.

Luego la doctora Annie Besant con su excepcional evolución filosófica, que había traído de pasadas encarnaciones, objetivó maravillosamente tal sabiduría, para que la cultura occidental pudiera abreviar en tan preciosas fuentes.

El señor Leadbeater, con una evolución centralizada en el conocimiento profundo de las Fuerzas Divinas de la Naturaleza, dejó otro emporio del trascendental saber, para las almas que quieran profundizar en el sentido de la vida y sus leyes.

Pero de todas maneras leer primero las obras de Madame Besant, es fundamental, porque ella sabe despertar en los humanos el sentido de la comprensión y así puede con la fluidez que a ella le peculiariza, capacitar su consciencia para comprender que el ser humano es un ave de paso, que en cada encarnación siembra y cosecha para su peculiar evolución. Va a los mundos de ultra, cosecha el fruto de su obra y vuelve a renacer para continuar su marcha, en el sendero infinito de la evolución.

Los directores de la "S.T" harán gran bien a la humanidad, dando a la publicidad en castellano, todo lo que exista en inglés de ese Ego prodigioso, que se llamó Annie Besant en su pasada encarnación.

INDICE

	Pág.
El Karma _____	3
Colofón _____	18
El Camino de la Evolución Consciente_	19